

EL ADVANTADO DE SEGOVIA

Subscripción:
Segovia, mes 1 peseta.—Año 12.—
Fuera, trimestre 350.—Año anti-
cipado, 12 id.—Id. corriente, 14.

DIARIO DE INFORMACION E INTERESES GENERALES Y LOCALES

DIRECTOR: DON RUFINO CANO DE RUEDA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Isabel la Católica, número 6
Talleres
Grabador Espinosa, 1.

SERVICIO ESPECIAL TELEGRÁFICO Y TELEFÓNICO.—MERCADOS.—PUBLICIDAD

Viernes Santo.

EL DIVINO MÁRTIR.



LA CRUZ DE N. S. JESUCRISTO

Sin la luz de la fe jamás podrá comprender nuestra limitada inteligencia el drama sublime del Calvario. Sufrir la muerte ignominiosa de la Cruz el Cordero inmaculado, después de los mayores ultrajes; y sufrirla pacientemente perdonando á sus verdugos y mirándolos con piedad y dulzura indefinibles, es el suceso más asombroso y trascendental en el mundo, desde su origen hasta su fin. La cristiandad le conmemora con profundo respeto; la Iglesia consagra su recuerdo con la más santa de sus santas ceremonias; y hasta la naturaleza, aterrada aún por las tinieblas y el horrible retemblar de sus montes y sus abismos en el instante supremo en que el Hijo de Dios, reclinando el rostro, entregó el espíritu, parece como entristecida y silenciosa en este día.

La muerte de Jesús fué la iniquidad de las iniquidades. Al comentarla el pueblo deicida labró su ruina perdurable, sin darse cuenta de que aquella muerte era el principio de la vida eterna para los que siguieran y practicasen las divinas enseñanzas del Ser inocente clavado por la maldad judaica en el árbol prodigioso de la Cruz.

A la Cruz subió el Hijo de Dios por redimirnos del pecado y por hacernos dignos de la gloria. De la Cruz emana, como de raudal purísimo é inagotable, el amor de Dios, y con él la paz, la caridad, la obediencia, el menosprecio de las vanidades de la vida, y la hermosura de todas las virtudes. La Cruz es consuelo en nuestras aficciones, esperanza en la adversidad, remedio de nuestros males, y norte y guía seguro de nuestra accidentada peregrinación por el valle de lágrimas que separa la tierra del Cielo. El que sigue el camino de la Cruz, meditando y aprovechando

los tesoros de gracia con que la hiciera resplandecer la muerte de Jesús, alcanzará las delicias infinitas de la eterna bienaventuranza.

La enseña de la Cruz guiaba á nuestros guerreros en la epopeya gigante de la reconquista. Con la vista fija en la Cruz sufrieron el martirio millones de criaturas y fueron civilizados multitud de continentes. Con el fugor de la Cruz escribieron nuestros místicos más famosos, ornamento del siglo de oro de las letras, aquellos preciosísimos tratados que nos envidian las demás naciones. Iluminados por sus divinos destellos cantaron nuestros poetas líricos la pasión y muerte de Jesús, las excelencias de la Cruz, y los misterios más hermosos del cristianismo. Inspirados por ella, Velázquez, Alonso Cano, Montañés, Berruguete, Salcillo y otros artistas insignes, dieron forma y relieve en el lienzo, en el mármol, en el bronce y en la madera á la expresión angustiosa y dolorida del Reden-

tor en el momento supremo de su último suspiro, ó cuando su sacratísimo cuerpo privado de vida apareció muerto ante el mundo atónico, para resucitar y subir después glorioso y triunfante á las regiones celestes.

La Iglesia adora el Viernes Santo con fúnebre dolor la efigie del Crucificado. Quien medite con frecuencia sobre la pasión y muerte de Jesús, hallará menos áridos y difíciles los senderos de la vida: quien, al divisar su término, se abraza contrito y arrepentido á la Cruz, cierto y seguro es que por la infinita misericordia de Dios será acogido para siempre en su divino regazo.

Carlos de Lécea y García.

La muerte del Redentor.

Difícil es poder escribir algo de nuevo sobre la Pasión del Salvador. ¡Tan poco entiendo nuestra razón de estas cosas! ¡Tan frío, mudo é impassible permanece nuestro corazón ante las señales más

grandes del amor excesivo de Jesús, que ni la imaginación vuela en su seguimiento, ni la pluma corre veloz en hacer su detallada pintural ¡Tan torpe es el hombre para conocer y sentir las cosas celestiales y del espiritual ¡Y el espíritu es el que lo hace aquí todo! ¡El que lo gusta todo, porque la sublimidad del objeto y la grandeza del sujeto no se comprenden al contacto de las cosas humanas, sino al rico saber y entender de las divinas y celestiales!

La abundancia de la idea, la incomprendibilidad del misterio y la eterna belleza del término son razones más que suficientes para detenerse á las puertas del Santuario, postrarse allí en tierra, adorar al Salvador con mudo y sagrado silencio antes que atreverse á dibujar con inexperta mano los excesos de la Pasión del Redentor. Porque ¿quién osará llegar-se á la presencia del Salvador tocar sus llagas, y, en su Esencia divina que todo lo llena, mojar la tosca pluma para describir la sublimidad de sus dolores? ¡Oh Cristo Salvador! Perdonar al hombre que atrevido evoca la memoria de tu Pasión y con lengua balbuciente pronuncia tu nombre grande, más grande que todo nombre y estampa en el frío papel conceptos que sólo debieran estar escritos por manos de ángeles en el límpido azul del firmamento!

Más que tiempo de escribir es tiempo de llorar. Cuando el Hijo de Dios muere, las criaturas todas deben enmudecer de sentimiento; todas deben derramar lágrimas de dolor, y en uco ocupar los momentos más felices de su vida. Lágrimas, más que palabras, quiere la Pasión del Redentor. Lloremos con Él; lloremos sus penas y dolores, lloremos las amarguras que tanto abrasaron su corazón, hasta que le hicieron morir entre oleadas de dolor. La magstad del dolor también arrebató, y la contemplación de esa belleza sublime, anegada en el torrente de las aficciones también extasia al entendimiento humano, que arrobado en su admiración no sabe más que llorar, y lorar lágrimas de amor que brotan de un corazón herido por las injurias de los hombres que se labran su misma redención.

Sin embargo ¡que tengamos que escribir de la Pasión del Redentor! Las piedras se parten y despedazan al presentir la muerte del Redentor. El sol se oscurece; la tierra tiembla, la naturaleza toda se agita, y convulsa quiere como aniquilarse. Mas nuestro corazón, frío, yerto é insensible permanece ante ese espectáculo de horror. Es que el corazón del hombre es más duro que la roca, y más impassible que la tierra. Así es el hombre: mira la muerte del Redentor, pero la mira sin inmutarse, sin sentir una idea de pesar y sentimiento, sin verter una lágrima de dolor, y sin llorar la muerte amable de Jesús. Y Jesús moría por el hombre, y el hombre era la causa de su pena y amargura.

¡Oh! ¡ingratitude y perfidia del hombre! ¡No llorar cuando la muerte del Redentor, era por él! ¡Qué muerte más admirable la muerte del Redentor! Cristo, Dios y Hombre bebe el cáliz de la Pasión; saturándose de oprobios y llenando su alma de humillaciones; así era como había de salvar al hombre, ofreciéndose por él y deprimando su sangre. Sólo la sangre del Cordero podía borrar la mancha de la culpa, y esa se derramó desde la cumbre del Calvario y vertiéndose sobre la haz de la tierra fertilizó su esterilidad, y la que sólo producía espinas y abrojos produjo luego frutos de santidad. Quiso el Hijo de Dios beber, por su grande caridad, el cáliz de la Pasión, y porque quiso, lo realizó. Era Dios impassible y Hombre pasible. Y si como Dios no pudo padecer, como Hombre agotó el cáliz de los sufrimientos.

Misterio sublime que nunca llegará á comprender bien la inteligencia del hombre y que bien merece su más eterno reconocimiento.

¡Bendigamos al Redentor que por su afrentosa muerte quiso salvarnos del pecado, hacernos hijos suyos y herederos de su gloria!

Fr. José Castaño.
O. M.

Arte y Religión. (1)



La efigie del Crucificado que se venera en la Catedral segoviana; esa portentosa maravilla del arte de Fidias, cuyo semblante macilento ofrece irresistible invitación reflexiva, y cuyo boceto ofrecemos, merced á la frescura de pincel brillante, maneado por reputado artista (que, afortunadamente para la patria de Colmenares, ocupa en la actualidad, preeminente lugar en la jerarquía de la administración pública); esa preciada joya del arte, esa imagen de admirables líneas, nos sugiere inmenso cúmulo de ideas de sabor piadosamente fervoroso y tiernas reflexiones de acendrado amor hacia la Iglesia de Dios.

Discurramos por los opulentos salones del Museo esplendoroso de la escultura mística y se nos antoja proclamar, que nada de cuanto impresiona nuestra retina, conmueve más el ánimo, sugiere más ordenada meditación, ni subyuga con ímpetu más avasallador, que la imagen de Jesús Crucificado, cuya severísima y doliente figura encierra la gran síntesis de la más grandiosa de las epopeyas de la humanidad.

El hijo de Dios, muere en la Cruz, señalando al mundo el redentor derrotero del progreso y tan es así, que los pueblos progresivos del planeta, son los pueblos verdaderamente cristianos, mientras que los que no sintieron el vivificador hálito de la religión de Jesucristo, siguen incommovibles, en perpetua petrificación. No de otra manera, se conciben y explican aquellas frases de radiante hermosura, y de gentil donaire, que al brotar de los labios del Redentor, inundaron de embriagador perfume de bondad, los ámbitos de la tierra: "Sed perfectos, como mi padre que está en el Cielo."

Sed perfectos, sí; acercaos á Dios con el espíritu diáfano, con la fé santa, con el corazón sano, con la sinceridad en los labios, con el afecto purísimamente sentido, con la caridad por guía.

Sed perfectos, sí; perfeccionando en vosotros la trinidad que define la perfección de Dios; la verdad, la bondad, la hermosura. Perfeccionar vuestra verdad, la ciencia; vuestra bondad,

la moral, la sociedad; vuestra hermosura, el arte.

¿Y quién que mariposee las páginas del libro sublime de la historia de la humanidad, no se perca de que los primeros heraldos del admirado progreso, preclaro escudo de la civilización, fueron los preciosos frutos de las enseñanzas de los discípulos de Jesús?

El cristianismo con la virginal cohorte de mártires y la invasora legión de esclarecidos varones, es el espejo donde admirarse puede la arrogante imagen de la verdad.

¿Qué otra cosa es el dogma del cristianismo, sino la invitación sencilla á la rigurosa observancia de la moral sublimada y de la organización y gobierno de una sociedad sana, vigorosa, ejemplarísima?

¿Dónde brilla el arte con resplandor más vivo y refulgente que en las concepciones místicas, que hacen de templos, alcázares del arte bello y de los príncipes de la Iglesia, Mecenas de positivo ardor?

Lo ha pregonado un escritor insigne, que abrazó la muerte rebosando fé religiosa y virtud viva: "Con el Evangelio comienza verdaderamente la doctrina del progreso."

En el cristianismo todo es grandioso; todo es sublime, porque todo es amor del espíritu. Por eso, no puede extrañar que tanto inspire una elocuente oración como una imagen de arte llena; mas la segunda confesemos que seduce más; que de la oración surge, á veces, lo admirable con el atavío de la gasa de lo incomprensible, y de la apreciación de la efigie santa, siempre brota el escalofrío de lo sublime, de lo que sorprende por espontánea grandiosidad, provocando velocísimo choque de recuerdos de realidad purísima é inagotable ternura.

José Ramírez y Díaz.

(Dibujo del Gobernador de Segovia, Don MATÍO SILVELA.)

EL BESO DE JUDAS.

Horrible fué el crimen de Judas entregando á sus enemigos al Hijo de Dios. Puso á su bienhechor en poder de quienes por envidia maquinaban su muerte; vendió por treinta dineros á su divino Maestro; respondió con las explosiones del odio y con las violencias de la venganza á las ternuras del amor más puro, á los favores

de la benevolencia más desinteresada. Si asociado como los demás apóstoles á la vida íntima de Jesús, llegó á gozar de su confianza, fué para entregarle con más seguridad, para que sus enemigos se apoderaran de El sin riesgo y sin peligro; en el silencio de la noche, en un lugar solitario, cuando no podían oponerse á la violencia aquellas turbas entusiasmadas, que aclamaron á Jesús en el desierto, aquellas muchedumbres, que días atrás le recibieron como al Enviado de Dios, con ramos de oliva en las manos, y cubriendo con sus vestiduras los caminos.

Ved á Judas al frente de la cohorte romana, destinada á la custodia del templo de Salomón; vedle al frente de aquella turba enviada por los principes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, dirigirse á Gethsemani en busca de Jesús con la hipocresía en la frente, en los lábios la mentira y el furor, y el desprecio, y la rabia y el odio en el corazón.

¿Que señal dará á los que le siguen para que preñan á Jesús y no á alguno de los discípulos, que le acompañan? ¿Les dirá: éste es Jesús; atadle, y conducidle con cuidado para que no se libre de vuestras manos? No: la señal es otra. «Aquel, á quien yo besase, ese es, les dijo, prendedle.» *Quem osculatus fuero, ipse est, tenete eum.* (S. Mat.)

La consigna no es una salutación, ni una palabra, ni una indicación disimulada, ni un gesto; la señal es un beso. ¡Que perversidad! ¡que descarol! ¡que perfidia! ¡que infamia!

¡Un beso que es lo más sagrado de la amistad, para dar la muerte! ¡Un beso que es la prenda del amor, para abrir una profunda herida! ¡Un beso señal de paz y concordia perdurable entre los hombres, para entregar á Aquel, á quien los profetas en las iluminaciones de sus éxtasis, en las elevaciones de sus arrobos místicos, llamaron Padre de las edades venideras; Rey pacífico, príncipe y autor de la paz en el mundo! ¡Un beso expresión la más acabada del amor, sello bendito de fidelidad y de constancia, como dice San Ambrosio, *quo fides sancta signatur*; para consumir la acción más baja, la traición más infame que se ha visto en la tierra!

Aquel beso, exclama el papa San Leon, al estallar en el rostro divino del Salvador, fué el primer golpe, el más cruel de los tormentos todos que sufrió su amantísimo corazón en la dolorosa carrera de su sacrificio.

Cuando los apóstoles le abandonan en su pasión, Jesús no se queja; cuando le niega Pedro en casa de Caifás, no habla

tampoco se queja. El celista San Lucas; *et respectit Petrum*, que se ordena como los expléndidos y eficaz como la luz del día, y la gracia de un llanto que cuando le besa Judas, el alma se entristece, su corazón se acongoja, y brota á sus lábios divinos entre las reconvenções de una sùllicitud enérgica y las dulzuras, de una bondad compasiva esta tierna protesta: «Amigo á que has venido?». Judas, con un beso entregar al Hijo del hombre? ¿Y es que aquel beso era el velo de la doblez, era el disfraz de la hipocresía, la sombra con que se cubría el odio, la expresión insultante de una amistad fingida que vendía al Maestro, y arrastraba al discípulo infame á la desesperación, al odio, á la impenitencia y á la muerte.

Contemplando David allá, en las lejanías del porvenir el pecado de Judas, dejó escritas en sus salmos estas palabras misteriosas; «cuando lo juzguen que sea condenado; que sus días sean breves y su escopado lo reciba otro. El Señor se acordará de la iniquidad de sus padres y el pecado de su madre no será borrado, porque ha perseguido al pobre sin misericordia y ha entregado á la muerte al afligido. Ha querido la maldición, y la maldición caerá sobre El; ella le cubrirá como de un vestido; penetrará como el agua en sus entrañas, y como el aceite en sus huesos.»

Esta predicción terrible se cumple al pie de la letra en el discípulo traidor. El triste recuerdo de su ingratitud y de su perfidia agita su conciencia, despedaza su corazón, pone las desesperaciones del precito en su alma pervertida. Miradle en el templo.... He pecado entregando la sangre del Justo; tomad, dice á los sacerdotes, lo que me habeis dado, las treinta monedas, que son el precio de mi crimen, y dejad á Jesús... Es la última esperanza, que tiene de salvarle. Vedle después, cuando la respuesta fría y desdeñosa de los sacerdotes le quita toda esperanza, vagar por los alrededores de la ciudad deicida solo, desesperado, loco, asustado de su infamia, huyendo de sí mismo.

En el torrente Cedrón se le representa la trágica escena de aquella noche... desde allí oye los desolados gritos de la envidia, las rumorosas imprecaciones del odio, que piden la muerte de Jesús y dolores de infierno conturban el alma de Judas, y la desesperación y la rabia contraen su semblante; y marcha... marcha al acaso, sin saber adonde; y llega al va-

lle, al valle de la maldición, al valle de Escándalar; y allí... ata su cinturón á una rama de un árbol, que crecía en el bajío y se ahorca, reventando su cuerpo y desmenuzándose sus entrañas por el suceso. Tal fué la muerte del traidor: éste fué el castigo de su beso impío: la muerte del cuerpo en la tierra, la muerte del alma en la eternidad desventura.

Segundo Badillo.

IMPRESIONES DEL ALMA

Y ENSEÑANZAS QUE JAMÁS SE OLVIDAN

Idea de la grandeza de Dios, sólo una padres cristianos saben inculcar á sus hijos en la tierna infancia. ¡Cuán hermosas son las múltiples consideraciones que ofrece á un alma cristiana, la sagrada pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, qué hermoso es el fruto que de ellas se tiene, cuando el corazón del ser que se prepara á vivir está hábilmente preparado.

Sublime, cada día más, encuentro enseñanzas desprendidas de las prácticas religiosas que mis inolvidables padres realizaban en conmemoración del sacrificio del Hijo de Dios, y las que aun contaron muy pocos años me hacían presenciar. Después, siguiendo un orden especial en sus máximas y consejos, filtraron en mi alma la divina fé, la esperanza celeste y la caridad cristiana, las tres hijas predilectas del Altísimo. Sirva este recuerdo, que me instante se aparta de mi memoria, y la manifestación que del mismo hago, como tributo de adoración á Dios, y de eterna gratitud á los padres que me dieron el ser.

«La fé es la antorcha que guía al mundo en la noche de los tiempos.

«La religión es el bálsamo divino que cura las heridas de la humanidad entera que se agita impotente, sin hallar jamás en la tierra el remedio supremo de los dolores que la oprimen.»

Recordando estas primeras líneas, el primer libro que los autores de mis días pusieron en mis manos, las que me quedaron grabadas para no borrarse jamás, haciendo de ellas una constante aplicación, se vé de un modo claro y evidente la grandiosidad que encierra nuestra santa religión, la que el mismo divino Jesús vino á enseñar y á sellarla para toda una eternidad con su preciosa sangre, dejándonos para mayor abundamiento de gracia á la Santísima Madre, Reina de los Angeles, transido de los más agudos dolores su corazón bendito, demostrándonos así, que hasta lo más grande que hay en la tierra que es una madre. El sacrificio por sus varnos á todos. Por ello, pues, hijos los que en el santo madero de la Cruz, debemos siempre tener, repitiendo con Jesús divinas excelsas palabras:

«A tí encomiendo mi espíritu y arrebolados ante la Santísima madre de todos los pecadores, hagámosle entrega de nuestra alma, vida y corazón»

Eduarda Corro de Oña.

MATER DOLOROSA



SIEMPRE VIVAS

CRUX FIDELIS...

El sol que dora el valle solitario sobre la tierra lánguida se inclina y con débiles rayos ilumina la redentora cumbre del Calvario. Gime el viento con eco funerario por el llano desierto y la colina; del astro rey, la lumbre mortecina cinea el monte con místico sudario. Al trueno que conmueve los hogares contestan los rugidos de los mares en final y tristísimo concierto. Y, profeta de eterna desventura, dice una madre llena de amargura: ¡Todo está terminado! ¡Dios ha muerto!

Rafael Ochoa.

É INCLINO LA CABEZA

Et inclinado capite tradidit spiritum. (Joan, Cap.XIX. V. 30.)

¡Solo!!! y destilando gotas de sangre que formaban al caer prolongados hilos de rehabilitación fecunda para la culpable raza. Tétrico y oscuro silencio reinaba por doquier; las piedras ponían treguas al movimiento de rotación atómica, cual si quisieran almacenar la fuerza, que las haría estallar después en choques violentos; la naturaleza toda sentía pasar por sus venas la corriente del pavor; los sepulcros preparando su manifestación ruidosa. ... y la luna que se teñía de púrpura sanguinolenta... el sol recogiendo los brillos de su luz para ocultar su vergüenza...

¡Solo!!! El humano oleaje levantando atropelladamente sus hirvientes furias sobre el dique del Calvario, como si intentara barrer con uno de sus impetuosos golpes el Faro, que el peso de todo un Dios sostenía allá en la cima de la sangrienta tragedia. ... abajo, allí cerca, una Madre, un discípulo, unas mujeres, sordos rumores, prolongados por el eco de sañuda venganza; arriba un Padre, Dios, inflexible y casi exigente para el cumplimiento de su destino adorable, en la tierra la compasión, para el auxilio estéril, aunque hasta el matirio vehemente; en el cielo el omnipotente Poder, que abandona la Víctima á los recursos de su humanidad expirante y á la crueldad del odio que ruge...

¡Solo!!! Todo calla; nada se mueve; el judaico mar, entumecido por la perfidia, dobla ya la cabeza de su envidia satisfecha y va deslizándose lentamente sus aguas enrojecidas con el tinte de sangre inocente, por entre las rocas del Gólgota; la noche se apresura á tomar con dedos invisibles el sudario de tinieblas para extenderle sobre la haz de la tierra; la muerte atrevida siempre y pujante se contenta trémula ahora y como extática, con mirar de hito en hito al precioso Fruto, que pende del Leño santo. ... ¡Todo se ha consumado! pasión, testamento, despedida. ... falta únicamente la bendición del Padre; el Hijo del Hombre se dispone con humildad á recibirla, inclinándose su hermosa cabeza ofrece el gran Sacrificio por la salud del mundo, expirando...

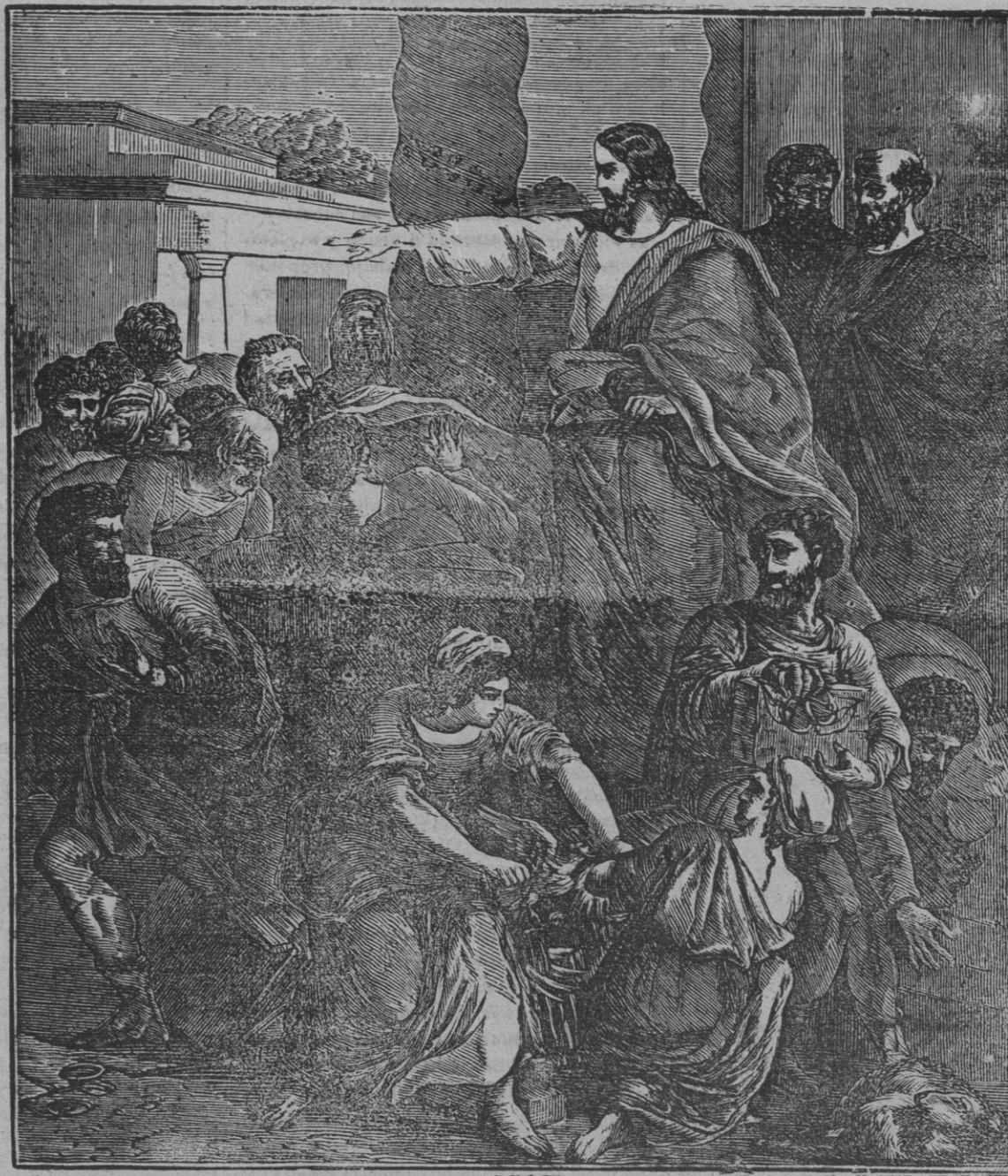
¡Vere hic Filius Dei erat! Todos los ojos se volvieron á la Víctima suspendida de la Redención en la palma, y entre admirados y confusos le lanzaron esta exclamación conventada: *Solo el que es Dios puede morir así.* Todos los demás hombres inclinan la cabeza después de muertos; solo Jesús la ha inclinado antes de morir.

Jesús inclinó su cabeza y la tierra recibe el grande y hermoso abrazo, que con ansias, tan vivas esperó por espacio de cuatro siglos; Jesús inclina su cabeza y las manos que fabricaron la esplendidez de los cielos, extendidas por los clavos de nuestros pecados, dejaron caer sobre el ser social, objeto de sus amores, una bendición mucho más abundante que la que recibiera al principio de los seis días; Jesús inclina su cabeza y dijo salir de la propia naturaleza el espíritu para que, flotando como el hábito de la creación, sobre el revuelto torbellino del informe caos humano, diera á las esferas del pensamiento un puro y nuevo cielo de verdad y á las regiones del sentimiento una nueva tierra de santidad y de virtud.

Los hombres de todas las razas, climas y latitudes y muy particularmente los gigantes del saber, del heroísmo y del genio fijaron su mirada en esa inclinación, elevándose, y saludándola con efusión recogieron los secretos de sus plumas, de sus espadas y buriles en el espíritu de Aquel, que poniendo en la fría brillantez de la inteligencia la dinastía de los corazones, solicitados por las atracciones del amor, y deshaciendo con reposado movimiento el glacial periodo por el que atravesaron las naciones, verificó la redención social y, al inclinar su cabeza, tomó posesión del mundo.

Benito de Frutos.

Jesús arrojando del Templo á los mercaderes.



La cruz.



Yo la vi, desde pequeño colgada del cuello de mi madre; colgada sobre la cacerera de mi cama; no aprendí á hacerla sobre mi frente, sin que ella me guiase la mano, encomendábame

á ella y al ángel de mi guarda, antes de dormir; en la iglesia y abajo, veía la cruz por todas partes, por arriba la veía en todas las torres; en todos los escudos la veía encima de las coronas; empecé á leer, y me hallé la cruz antes de la A.

¿Qué es la cruz? Es el signo del poder de Dios, del amor de Dios, y de la salvación del hombre. *Arbor una nobilis. Spes unica.* El árbol más noble, la única esperanza.

Es pues, necesario hacer la señal de la cruz con grande respeto. Se empieza por la cabeza, es el jefe, la creación, el Padre. Le sigue por la boca y el pecho, es el corazón, el verbo, la vida, la redención el Hijo; nos santiguamos y abarcamos nuestra frente, nuestro pecho, y nuestros hombros, es la unión, la fuerza, el amor, el Espíritu Santo. Todo nos recuerda la cruz. Nosotros mismos estamos hechos en forma de cruz.

Al morir, y devolver á la tierra ese pequeño préstamo de nuestro cuerpo, también nos pondrán una cruz, y ella será la última señal que al despedirnos de este mundo, hará sobre nosotros el sacerdote; nos recibe en la cuna, nos despierta en el sepulcro; es la portera de nuestra vida, es el emblema de nuestra esperanza, es el signo de nuestra eternidad, y el testimonio de nuestra fe.

También los judíos creyeron enterrar bajo la cruz, la memoria de un hombre; creyeron, que con crucificarle, todo había terminado. La cruz era entonces patíbulo, signo de oprobio. ¿Quién había de acordarse del deshonrado y crucificado? El rencor y la rabia, no puede ir más alta que dar la deshonra y quitar la vida. Se llegó al sarcasmo, le crucificaron entre los ladrones, y le pusieron en la cruz el título de rey. Pero todo aquello, lo hicieron con miedo; la burla blasfema que emplearon les denunció, y ella lo prueba. Si eres hijo de Dios—dijeron—baja de la cruz,

y creeremos en ti. Ya no se trataba de un rey, temían que fuese hijo de Dios. Le habían visto hacer milagros, le habían escuchado reprender su soberbia, y su dureza de corazón, y al temerle y odiarle por hijo de Dios, odárale bien, á los judíos el calificativo de deicidas, y deicidas hipócritas, por que crucificando al hombre, pretendían una venganza, ó atentado contra Dios, por si acaso lo era.

Y Jesús es Dios, pero no era el dios de las pasiones bastardas, que se prometían y esperaban los judíos.

Por eso Jesús no ha reinado en absoluto en el mundo, porque nunca se acabarán los judíos, y los sectarios de las pasiones bastardas. Digo mal, en el mundo reina, y reinará donde no reina, es en todos los corazones.

El rencor y el odio continúan, solamente la escena es la que ha cambiado. Los judíos del calvario se esforzaron en poner la cruz, y en ella á Jesús; y que no darían hoy los descendientes mismos de aquellos judíos, por arrancar la cruz que aquellos pusieron? Aquellos para condenar á Jesús, para privar de la vida á Jesús y para deshonrarle, contaban con Pilatos, con Herodes y con todo el poder de los romanos. Los de hoy, dominan el mundo, disponen del dinero, les ayudan en su odio y acción todas las sectas. La guerra está declarada, y si aquellos dijeron *levantar la Cruz*, los de hoy dicen *quitámosla de todas partes*, y que no quede de ella vestigio. ¡Desgraciados! es inútil Cristo es Dios, Cristo es rey. Los que quisieron levantarle un patíbulo le levantaron un trono; ese trono es la cruz, y la cruz es la prueba del poder y del amor de Dios.

El demonio que había por medio de un árbol ha hecho perder al hombre la gracia, vió que ahora por otro árbol la gracia se le devolvía, y el que había vencido en el leño, en el leño había sido derrotado. Los judíos que también creyeron vencer en el leño y en el leño fueron vencidos. Por eso el demonio odia tanto á la cruz, porque por ella de él nos escapamos, y los judíos y sectarios por lo mismo la odian, porque han visto que Jesús no necesitó bajar de la cruz para probarles que es Dios, y que si acertaron á levantarla, mal que les pese, nunca podrán destronarle ni destruirla.

Y esta avenencia de judíos y sectarios del demonio en odio á la cruz, no es de hoy solamente; es la historia de todos los tiempos.

Juliano el apóstata hacia el 361 de nuestra era, pensó también en abatir la cruz, y llamó en su ayuda á los judíos. Propóniase dar un mentís á Jesucristo y á los profetas, que

habían anunciado la última ruina del templo de Jerusalén, y discurría desvirtuar la profecía, reedificándole. Los judíos acudieron en considerable número, y provistos de incalculables riquezas. Los hombres de alta jerarquía, como escribe en su historia eclesiástica el Ilustrísimo Prelado señor Aguilar trabajaban junto á los de condición plebea; las mujeres se desprendían de sus galas, para allegar dinero, todos hacían heroicos sacrificios. El Emperador envió á Alipio, uno de sus oficiales de mayor confianza, para dirigir la obra; ya habían arrancado las piedras de los antiguos cimientos, y ahondaban la tierra para echar los nuevos; los judíos no cabían en sí de gozo, y los gentiles observaban con curiosidad, mientras los cristianos en oración, aguardaban la señal del poder de Dios, prometida por el obispo Cirilo, recién venido del destierro. Y habiendo comenzado á echar piedras en los hoyos abiertos, un temblor de tierra les vomitó á gran distancia, derribando los edificios inmediatos, y las galerías de los trabajadores, saliendo de la tierra, unos globos de fuego, que serpenteando en el aire, con espantosa rapidez, redujeron á cenizas á los judíos, á sus instrumentos y á sus casas. Al llegar la noche, los que habían sobrevivido al desastre, vieron en sus vestidos unas cruces, que no podían borrar, y una cruz brillantísima en el cielo, que se extendía desde el Calvario al monte Olivete. Jesucristo había dicho: No quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida, (Luc. XXI), y el impío capricho del Apóstata y de los judíos, sirvió para que se cumpliera la profecía; este hecho le refieren entre otros, Aniano Marcelino, Filostrato San Ambrosio, San Gregorio y San Juan Crisóstomo.

Una vez más la piedra que desecharon al edificar, quedaba puesta en lo más alto, Cristo es Dios, y la cruz daba testimonio de ello.

Los pueblos que desechen de sus sistemas de moral esta piedra fundamental sufrirán la misma suerte que el pueblo judío; sin este lazo de caridad, que es lazo de virtud y de vida, vivirán en perpétua desunión y lucha, y en presencia de ese dilema de todos, los tiempos: ó la cruz, ó las pasiones humanas. Pueblo ó individuo que no se humille ante la cruz, tendrá mal fin; será barrido por la barbarie de las pasiones.

Ildefonso Rodríguez y Fernández. Madrid 7 de Abril de 1903.

EL JILGUERO.

(DEL ALEMÁN.)

Cuando el mártir soberano en el Gólgota expiraba, sintió que una cosa andaba por la palma de la mano; y á un pájaro, en su agonía vió, que en vez de abandonarle un duro clavo arrancarle con el pico pretendía; sangre le cubre y no cesa, y vuelve con loco ardor, que salvar al Salvador es su temeraria empresa. Y, entre el ansia que le abruma, dijo Dios:—por tus bondades contemplarán las edades manchas de sangre en tu pluma...— Del jilguero no te asombra roja mirar la cabeza, que es signo de su entereza para salvar al Dios-Hombre

Melchor de Palau.

Viernes Santo.

¡Todo está consumado! «En vuestras manos, Padre mío, encomiendo mi espíritu.» Dice Aquel que nació en la gruta de Belén entre el buey y la mula, impuso luego la indigencia heroica y voluntaria á todos sus discípulos; eligió á los propagadores de su palabra entre los más humildes, débiles é ignorantes, pues el gran sentido práctico del Hombre-Dios, escogió por fundamento de su doctrina el amor.

Sus teorías existen y existirán siempre y se fundan en esa atracción de las almas, que como la atracción universal no se identifica á los hombres de todos los tiempos, sin distinción de jerarquías, sexos, edades ni grado de conocimientos, pues si bien es cierto que todos no pueden comprender con igual extensión, también es cierto que todos pueden sentir, que todos pueden amar.

En este memorable día para el cristiano se funda y queda establecida la más hermosa y perfecta religión de la tierra; aquella, que basada en el amor más puro y desinteresado eleva á la mujer, relegada al olvido, al desprecio ó á la esclavitud, elevándola al puesto que como compañera del hombre la señaló el Criador de todas las cosas en el gran concierto del Universo, haciéndola después la primera y más grandiosa figura del Cristianismo.

Por eso la mujer cristiana eleva hoy su mirada humedecida por el llanto y sus labios pronuncia la oración más ferviente dirigida aquél grupo Santísimo que el más amante de los hijos y la más tierna de las madres, forman en el Gólgota, sufriendo el Hijo amantísimo, la muerte más afrentosa por el género humano, y la Madre como coreodora también del hombre, participando de las angustias y dolores del Hijo queriendo de su alma.

¡Madre afligidísima! Yo, con todas las madres te saludo al pie de la Cruz, en ese angustioso momento en que desclavado tu Hijo de ella, le depositaron aquellos santos varones en tus brazos maternales y por aquellos dolores y aquellas amarguras que destruyeron vuestro corazón alcanzados de vuestro divino Hijo el valor necesario para luchar en esta vida, la discreción y prudencia para dirigir y gobernar nuestra familia, el acierto para formar el corazón de nuestros hijos según las excelentes máximas de nuestro adorable Salvador, para que cuando llegue el terrible momento de comparecer ante el severo tribunal de Dios, podamos decir sin rubor ni confusión: «Hemos cumplido nuestros deberes.»

Rufina Rodríguez.

Momento sublime.

Si, momento sublime, acto solemne, fué la muerte de Cristo. ¡Que ejemplo tan grande legó á la Humanidad, con aquellas hermosas palabras de ternura: «Hágase tu voluntad, Padre mío!» Toda una filosofía, toda una epopeya, toda una historia, encierran aquellas inimitables palabras! Murió nuestro Redentor, es verdad, entre la gritería de aquellas malvadas gentes, vociferando, «crucificarle; crucificarle»; pero cuanto más gritaban, tanto más hermoso aparecía aquel cuadro del divino Maestro! Y aquellos ejemplos de Caridad, Paciencia y Humildad, sembrados sobre la Cruz, se multiplicaron sobre la tierra, como las estrellas del Cielo y las arenas del mar. ¡Dejemos por un solo instante las griterías de las gentes y las miserias del mundo, y elevemos nuestro corazón en aquél sagrado Madero y que griten lo que quieran los enemigos del Crucificado, porque las enseñanzas de Jesucristo, resplandecerán siempre; como resplandece el Sol sobre las montañas y la Luz sobre las sombras!

Francisco Oña.

Meditemos....

Nunca como en los días presentes encuentra el alma cristiana materia abundante para retraerse de las cosas mundanas y entregarse al dulce y hermoso ejercicio de la oración y meditación.

Cuando llega este tiempo, en que la Iglesia conmemora los misterios cruentos de nuestra Redención, agópanse á la mente los recuerdos de aquella dolorosa tragedia, que la liturgia sagrada reproduce á vivo con majestad augusta; y como si sus accidentes luctuosos hubieran pasado ayer, despertan en el alma una consternación, que sobrevive á los siglos.

Diecinueve ha cumplido ya el Cristianismo, y las enseñanzas del Divino Maestro, contenidas, ora en sencillas y poéticas parábolas, ora en frases de sentido llano y familiar, ora en sentencias concisas de una energía poderosa, no han envejecido; adquiriendo en este santo tiempo un relieve que infunde en las almas saludable terror, nacido de su maravillosa virtualidad.

Y es porque en estas enseñanzas, con que el Verbo Divino hecho hombre salvó al mundo, al par que con su muerte, de la esclavitud del demonio, palpita la verdad con sus celestiales arreboles y se contienen profecías de cuyo cumplimiento pueden dar fé las generaciones, que han pasado por la tierra después del drama del Calvario.

Por eso, no puede leerse el texto evangélico sin que de su conocimiento no brote enseguida como chispa resplandeciente la convicción de que la palabra de Jesucristo es infalible, y de que, «si la vida y muerte de Sócrates fueron de un sabio—como dice el filósofo del pacto social—la vida y muerte de Jesucristo fueron de un Dios».

La lectura del texto sagrado es siempre grata para el cristiano, pero en los días presentes parece como que ofrece mayores incentivos; por eso vemos á muchos cristianos, aun de los que no andan muy cuidadosos de su último fin, que se dedican á recordar algunos lugares, cuya oportunidad en los actuales momentos salta á la vista. Meditemos sobre ellos con verdadero espíritu de intención recta; que con la meditación y sufrimiento, unidos con Jesucristo, podremos alcanzar la victoria en la lucha apocalíptica, que se está iniciando en el mundo.

Eugenio Sanz García.

LA TRAGEDIA DEL GÓLGOTA.

Muere Jesús del Gólgota en la cumbre con amor perdonando al que le hería; siente deshecho el corazón María del dolor á la inmensa pesadumbre.

Se aleja con pavor la muchedumbre, cumplida ya la santa profecía; tiembla la tierra; el lumínar del día cegando á tal horror pierde su lumbrera.

Se alzan las tumbas, se desgarran el velo; y á impulsos de un amor grande y fecundo parece está la Cruz, signo de duelo, cerrando augusta con un pie el profundo; con la excelsa cabeza abriendo el cielo, y con los brazos abarcando el mundo.

Almendros Aguilar.

CARIDAD.

Por más que la primitiva ley moral fundábase en el amor de Dios y del prójimo, Jesucristo con sus predicación y su ejemplo enseñó á los hombres la caridad en su mas alto grado de perfección.

Ya en el imponderable sermón de la Montaña expresó el Divino Maestro «sabeis que igualmente se dijo: Amarás á tu prójimo, añadiéndose malamente, y aborrecerás á tu enemigo. Yo os digo: Amad á los enemigos» y luego en el Cenáculo, después de preparar y disponer á sus discípulos con admirables advertencias, descendiendo de su grandeza de Dios, les lavó los pies, simbolizando de esta suerte la purificación interior é instituyó el Sacramento de la Eucaristia, misterio sublime y consolador «sello de la nueva alianza, que Dios mi padre, dijo, contrajo con los hombres» y le administró El mismo á sus discípulos amados, sencillos pescadores de Galilea y llamó amigos á estos humildes siervos suyos, que seguían al Hijo de Dios llenos de la inspiración que descendió de lo alto sobre sus almas abiertas á la Fé para reconocer al Redentor del mundo, que por aquel tiempo, según las Escrituras habia de venir sobre la tierra para redimir del pecado á los hombres á costa de su sagrada pasión y muerte.

Tanto como fué imponente y conmovedor el inicio suplicio que sufrió el Hombre-Dios física y espiritualmente por atroces tormentos y afrentas y al afligirse su alma considerando la sentencia de eterna condenación que caía sobre los deicidas, suplicio que comenzó en Gethsemani y concluyó en el Gólgota, así fué de excelente y de sublime la doctrina del Salvador, enseñando con su maravillosa palabra y su mansedumbre incomparable.

El amor á Dios y al prójimo, como El

amó á su Padre celestial y á sus discípulos queridos; el perdón de las injurias, como El perdonó á los que le crucificaron; el dar limosna al pobre, conforme El atendió al necesitado é instituyendo el Sacramento de la Eucaristia, (incomprensible á la humana comprensión sin ayuda de la Fé) manantial el más copioso y más puro de la caridad de Jesucristo, porque con él perpetuó su augusta inmólación y su reconciliación con el hombre por el eterno amor.

Así pues, el que ame al prójimo y á sus enemigos perdone; se muestre humilde entre los humildes y ejerza actos de caridad con los pobres y con los infortunados haciendo aprecio de que representan á Jesucristo: El lo dijo—«Cuantas veces hicieris ésto con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo habreis hecho», cumple la Ley de Dios y alcanzará misericordia y será ensalzado y, en la tierra recibirá bendiciones de gratitud y de paz

F. de Cáceres.

¡¡ Crucifige!! ¡¡ Crucifige!!

El pueblo ante el Pretorio clama fiero; tenaz del Justo pide la existencia, sin que oídos dar quiera á la clemencia, que hipócrita le pide un juez artero.

Virgíneas carnes rásganse al primero de los azotes de horrible violencia, coronado de espinas, su inocencia no protesta con ayes lastimeros.

Así el manso Jesús es presentado para aplacar tan fiera y cruel saña; ¡¡Crucifige!! responde furibundo del Sanhedrin el ánimo enconado, ¡y al repetirlo el eco en la montaña, firmada está la redención del mundo!

Ladislao Liras González. PÁRROCO.

EL GRAN PROBLEMA.

«El hijo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros».

Y la potencialidad infinita y la infinita sabiduría descendieron á la tierra en forma corpórea para sufrir los azotes del hombre-polvo y el ludibrio de la humanidad increíble.

Desde aquel día es más tremendo nuestro pecado. La epopeya que tuvo su desenlace en las alturas del Calvario, trajo á la comunión universal las excelencias de la fraternidad humana; y aquel admirable resumen del Decálogo que prescribe el amor al prójimo como á nosotros mismos, fué consagrado con la sangre de quien posee la bondad absoluta y sabe lo que importa para la progresión de la humanidad al acercarse á los límites de lo infinitamente justo, con la mutua protección de los hombres inspirada en el amor de los unos á los otros.

Han pasado diez y nueve siglos y se pre-

sentan á la vista con las difusiones de lo remoto, grandes problemas económicos y sociales de trascendencia suma para la vida de las naciones. Como anuncian á la tormenta que se cierne sobre horizontes lejanos el sordo retumbar del trueno y el destello brevísimo del relámpago que, perdido en las distancias del espacio, apenas si mortifica la vista, así también se anuncia la transformación social basada en la evolución de una clase numerosa, y que consigo traerá la evolución en el derecho del Estado, en el derecho de la propiedad y en el derecho de las obligaciones.

Los sabios estudian el problema que amenaza con la degeneración de sus consecuencias y discurren sobre la división y explotación de la propiedad y del trabajo, proponen la institución de establecimientos cooperativos para todos los aspectos de la necesidad inquieren hasta en sus más pequeños detalles todas las finuras de la Economía y de la Sociología, y quien presume de haber solucionado un término del problema y asienta el principio salvador, diluido en las quinientas páginas de un libro repleto de acomodaticia filosofía, se ufana, sin pensar que todo cuanto se haga, todo cuanto se diga, todo cuanto se escriba, todo cuanto se instituya, ó serán vanas lucubraciones y creaciones efímeras, ó forzosamente constituirá una derivación, una aplicación, de aquella idea que hace muchos siglos resumió los preceptos del admirable Decálogo en el «amor á Dios y al prójimo como á nosotros mismos.»

Este precepto es el mismo del derecho natural que acusó á la humanidad de haber dado muerte á Galileo cuando de las oscilaciones de la lámpara dedujo la invención del péndulo para medir el tiempo, cuando aplicó la lente al telescopio para penetrar en el espacio y con su astronómico sistema demostró la inmovilidad del sol y el movimiento de la tierra; el mismo que reprobó el tormento de Savonarola, el gran reformador de las costumbres florentinas, el loco, el hereje Savonarola á quien después los Pontífices llamaron gran servidor de Dios; el mismo que anatimizó que á Colón lleno de ciencia y de fé se le pagase con desprecio y cadenas el descubrimiento del Nuevo mundo; el mismo que hoy debería estar grabado en la conciencia de la sociedad presente para impedir que aquellos crímenes perpetrados en la virtud y en la sabiduría de los hombres por el egoísmo, la ignorancia, ó la envidia de sus semejantes, se repitan hoy en la lucha de clases y de partidos y haga que todos convivan bajo un régimen de protección y ayuda recíprocas, de clara ración de sus deberes y de sus derechos, base la más firme de la idea de libertad ordenada y pacífica, de la gran libertad humana, que es cosa bien distinta de la brutal libertad de la selva en que á veces parece que desamos degenerar para satisfacer pasiones del momento.

Rufo Cano de Rueda.

¡QUÉ GRANDE ES!

¿Quien es Dios? El Ser infinito al que nuestros ojos pretenden en contrar á través del espacio en forma corpórea.

¿Quien es el Padre Eterno? Al que llega nuestra imaginación y nos le retrata rodeado de su corte, de séres alados que cantan himnos de gloria en derredor Suyo.

¿Quien fué Jesús? Aquel que dictó á Moisés las tablas de la Ley para que por ellas se rijera la humanidad, teniendo después, que redimir con su sangre las infrancciones de Su misma Ley; los pecados de la humanidad....

¡Que grande es Jesús, lavando con su sangre, en el Gólgota, las manchas asquerosas que los hombres echaron sobre sus sabias enseñanzas.

¡Qué grande es el hijo de Dios perdonándonos en el momento de exhalar su último suspiro!

Gerardo Falde.



LA REDENCION.

Con el sacrificio del Gólgota se consuma la obra de nuestra redención. Las formidables convulsiones de la tierra, la fatídica obscuridad del firmamento, el imponente fragor de las fuerzas naturales, arrancando ayes de dolor y rugidos de confusión á la muchedumbre deicida, son el funeral testimonio que ofrece la creación entera de la muerte del Salvador.

Mas Jesucristo muere para que brote la vida; su último suspiro, exhalado en aquella cruz que dejó de ser afrentoso instrumento del verdugo para constituir la enseña gloriosa del cristiano, es el hábito vivificador de la humanidad redimida; es la savia que anima al hombre regenerado; es la justicia satisfecha, la misericordia prodigada y la promesa cumplida, que abren á las almas justas las puertas de una venturosa eternidad.

Jesucristo muere; pero su triste agonía es el himno de nuestra salvación; Jesucristo se humilla y padece para que la humanidad triunfe y goce; Jesucristo se humilla para satisfacer á la infinita Justicia, y el hombre se rescata con el precio de la sangre del Cordero sin mancha. ¡Dios desciende hasta el hombre, para que el hombre suba hasta Dios: tal es el magnífico, el augusto, el sacrosanto misterio de la Redención!

La luz de los cielos ilumina de nuevo el

mundo; y rasgadas las tinieblas, deshechos los errores y abominadas las concupiscencias del paganismo, irradian de la cruz del Redentor, sol de toda verdad, de toda bondad y de toda belleza, los rayos de la fé que descubren nuevos y más fecundos derroteros á la ciencia, nuevas y más sublimes inspiraciones al arte, nuevos y más puros y elevados ideales á los pueblos, que, al recibir los fulgores de aquella antorcha divina, columbran en los límites de los horizontes del progreso la celestial mansión de la inmortalidad.

Inspirados por esa fé que alienta al sabio en sus lucubraciones, al artista en sus obras, al guerrero en sus conquistas, al sacerdote en sus sacrificios y á la humanidad toda en sus afanes y trabajos, han surgido en el correr de los siglos los genios portentosos que en la ciencia se llaman Tomás de Aquino y Vo'ta; en el enciclopedia, Fray Luis de Granada y San Bernardo; en artes plásticas Murillo y Miguel Angel; en poesía y música Fray Luis de León y Palestrina; en exploraciones y conquistas Cristóbal Colón y San Fernando.

Desde Jesucristo, ya no es la sensualidad de Epicuro, ni siquiera la austera virtud del estoicismo, la norma de la humana voluntad para la consecución de la felicidad por que suspira; los sistemas de los filósofos y las preocupaciones de las escuelas quedaron en la historia de la civilización como testigos de las aberraciones del pensamiento. La moral del Crucificado, las enseñanzas de su evangelio han de informar las costumbres y la vida para que la humanidad, cumpliendo su providencial destino, pueda llegar al término de sus aspiraciones, que sólo se encuentra en Dios.

Rafael Roda.

En el Calvario.



Su mayor grandeza.

Jesús coronado de espinas, chorreando sangre por su rostro macilento, estremece todo El ante el bárbaro azote de sus propios hijos, resurge esplendoroso con esplendor más grande aún que en Sinai; más adorable que en la paz del cielo.

Ante Cristo en la cruz, el más ateo se prepara anonadado, sintiendo que sus ojos se clavan en la tierra ante el inmortal muerte temerosos.

Y pugnando por asomar á la marébita flor de sus impuros labios, vagas palabras brotan del alma atea con su primer destello de nobleza:

«Si Dios no fuese, ¡mereciera serlo!»

Miguel de Zárraga.

NUESTRO EXTRAORDINARIO

Al dedicar nuestro número de hoy á la conmemoración de los sacrosantos misterios que la Iglesia celebra, con augusta solemnidad en estos días, cumplimos solo rendir tributo de agradecimiento á los distinguidos artistas y escritores que, desfilando á nuestras súplicas, se han dignado honrar con su valiosísima colaboración las columnas de EL ADELANTADO.

Gustosos nos hemos impuesto los esfuerzos inherentes á esta clase de trabajos. A ellos nos obliga la necesidad de corresponder en la medida de nuestras fuerzas al favor y á las consideraciones que el público nos viene dispensando, y en correspondencia—repetimos—encorramos la más íntima de las satisfacciones.



Dejad que los niños se acerquen á mí.